

era á todo lo que la rodeaba. No habiendo vivido hasta entonces, sino con personas que con ella habian partido sus sentimientos, se encontraba sola en medio de esta brillante multitud, se horrorisaba de su aislamiento, y extrañaba amargamente la dulzura y los consuelos de la tierna y sensible amistad.

Toda la corte esperaba al Rey, dos dias ausente. Vino en fin. Al momento que llegó fué á la cámara de la Reina madre, y media hora despues á la de Madama. Antes de su entrada se abrió la puerta, y le anunciaron. La Duquesa que estaba sentada sola detrás de algunas de sus compañeras, se levantó precipitadamente, y se adelantó á conocerle. Madama observó este movimiento, se sonrió, llamó á la Duquesa, y la presentó á S. M. Ella, mas conmovida que intimidada, levantó los mas bellos ojos del mundo: su mirada expresiva y agradable se encontró con la del Rey: se sonrosó, procurando con la brevedad posible volver á su lugar.

Luis XIV. no era el hombre de su corte mas regularmente hermoso; pero, independiente de su rango, era el mas remarcable. Tenia alguna cosa que sorprendia en su modo y en su continente. Su fisonomia imponente y grave, im-

primia respeto; pero todos sus movimientos eran graciosos: un mirar penetrante y melancólico, una sonrisa llena de agrado y finura, daban á todas sus facciones una expresion interesante. Aunque su educacion fué descuidada, tenia un talento tan sólido como extenso, las ideas mas justas, y el tino mas seguro. Escribia mal, porque no lo acostumbraba; pero al mismo tiempo nadie hablaba tan bien como él: por eso amaba la conversacion de las gentes de talento, con tal que no tuviesen ni afectacion ni pedanteria. La grandeza y la rectitud fueron las cualidades que lo distinguieron eminentemente. Era necesario el esplendor para agradarle, y las virtudes para atraerle. Ningun príncipe supo mejor unir el gusto de los divertimientos nobles y delicados al espíritu de los negocios, y la gracia á la dignidad. Admiraba en el consejo por su sagacidad, por la elevacion y exactitud de sus designios; é igualmente á los extrangeros, por la magestad de su representacion en las audiencias y fiestas públicas. Encantaba su sociedad íntima por el agrado infinito de su conversacion, y un modo inimitable de contar (1). Su grande alma

(1) Memorias de Madama Caylus.

sentia profundamente toda la sublimidad de la Religion, y conocia, cuan necesaria es para la felicidad pública, y cuan útil á los que gobiernan. A pesar del ardor de sus pasiones, y su gusto á los placeres, jamás dejó de consagrar lo menos ocho horas diariamente al trabajo (1). A los veinte años quiso remplazar un primer ministro instruido y laborioso; aunque tuvo que superar todo el disgusto, y todo el trabajo que la ignorancia puede juntar al enfado de los negocios; su perseverancia en este punto no se desmintió en el espacio de medio siglo. Su bondad, que fué extrema, no ha sido bastantemente elogiada. No tuvo una cierta familiaridad de tono y de maneras, que la hace mas visible, y comunmente nos obliga á presumirla donde no la hay; pero sí supo dar á la bondad un esplendor y magestad, que la hicieron confundir con la grandeza, y algunas veces con la gracia y elegancia. Todas las palabras ingeniosas que se citan suyas, son de una perfecta bondad; y ¿qué acciones buenas pueden aventajar los piadosos establecimientos de Invalidos, y Saint-Cyr? En fin, él fué sensible, gozó de una felicidad, que el po-

(1) Lease á Choisy, y todas las memorias de su tiempo.

der hace casi siempre dudosa, y que arrebatava continuamente; fué amado por él mismo. Se critica el orgullo excesivo de este gran Príncipe; porque ningun soberano fué tan alabado: esto es atribuirle una falta, por haber inspirado el mas vivo entusiasmo. Un Rey que reina con esplendor, no podria impedir á los hombres de talento que celebrasen sus beneficios y su gloria, sino recibiendo con desdén sus homenajes: y ¿puede hacerse? ¿se debe? Henrique IV. lejos de repeler los elogios de Malherbe, aplaudia sus versos: ¿por qué, pues, se quiere que Luis XIV. impusiera silencio á los grandes poetas de su siglo, ó que hubiese recibido con indiferencia los elogios de Corneille, de Molière, de Quinault, de Racine, y de Boileau? Se sabe que jamás permitió á los que se le aproximaban alabarle en su presencia, y que manifestó siempre en la sociedad particular un menosprecio el mas verdadero á la lisonja.

Volviendo la Duquesa á su antiguo lugar, detrás de sus compañeras, estuvo distraida toda la noche: nada escuchaba de cuanto ellas decian; solo oía hablar al Rey. Cuando él partió, recordaba cuanto habia dicho, y especialmente su mirada. ¿Como podia olvidar esta mirada sim-

pática; la primera que sus ojos habian encontrado desde la separacion de su amiga!.... El Rey, por su parte, se sorprendió con la figura noble é interesante de la Duquesa. La mañana siguiente la buscó con la vista, y no la pudo percibir; ella sin embargo le veía; pero en su lugar acostumbrado, siempre separada, silenciosa, oculta, sin designio; mas no sin turbacion, y queriendo solo entreverle y escucharle. Un nuevo sentimiento, de que no tenia idea alguna, vino á derramar una tempestad horrorosa sobre todos sus dias: indecisa y distraída, no obraba sino maquinalmente y por hábitud; ninguna reflexion la ilustra; su pensamiento mismo, casto y misterioso, no le representaba la idea del Rey, al menos distintamente; pero desde la mañana deseaba la tarde, por encontrarse en el círculo de Madama, principalmente los dias destinados á su sociedad íntima, en que el Rey pasaba allí toda la noche.

Era fácil gustar, sin particular interés, de una sociedad, en que continuamente se reunian el conde de Guiche, hombre el mas brillante de la córte; el marqués de Vardes, su amigo, que juntaba á una gran docilidad de carácter el talento mas picante; el duque de Roquelaure, cé-

lebre por su buena conversacion y alegría; el duque de la Rochefoucauld, que en el tumulto de los campos de batalla, y en medio de las intrigas de la córte, supo siempre observar con finura, y meditar con profundidad; Benserade, poeta amable; el conde de Bussy-Rabutin, escritor satírico y cortesano, tan lisongero como espiritual (1); el conde de Grammont, que por lo original de sus locuras y una graciosa ligereza, se hizo perdonar tantos extravios.... El duque de Lauzun, cuyo carácter y aventuras fueron igualmente romanescas; el gran Condé, que reuniendo á todas las cualidades de héroe una instruccion tan variada como extensa, y los atractivos de un hombre de mundo, podia encantar á la vez á los sábios, los literatos y las damas; la condesa de Soissons, intrigante, ambiciosa; pero seductora por sus gracias; la señorita Montpensier, digna nieta de Henrique IV, por su talento y valor, y quizá la única princesa que ha unido las costumbres mas austéras á la exaltacion de cabeza y esfuerzo de una amazona; la princesa Palatina, cuyo espíritu superior, talentos y virtudes, ha elogiado de una manera

(1) Lo queria Madama, aunque al Rey no le agradaba.

tan sublime, el mas grande de nuestros oradores; la bella condesa de Bregi, que nos dejó tan hermosos versos; madama de Sevigné, madama de la Fayette, la señorita Scudéry, continuamente admitida en el trato interior de Madama. La Duquesa creía de buena fé, que inspiraba un vivo interés la conversacion de personas tan distinguidas, estando animadas por la presencia del Rey, y tratando de agradarle.

Una tarde que S. M. cazaba en la floresta de S. Germán, fué poco numeroso el círculo de Madama; pero siempre compuesto de personas las mas amables. No obstante que la Duquesa estaba distraida de la conversacion, volvió á ella, cuando Benserade exclamó, que S. Germán era una mansion verdaderamente encantadora, y la señorita Scudéry contestó: sí, con tal que esté allí *el encantador* (1). Esta palabra sobresaltó á la Duquesa. Con razon, pues descifraba su pensamiento tan íntimo; pero queriendo ella persuadirse que el sentimiento de que estaba ocupada, era solo una opinion, se repetía dentro de sí misma: todo el mundo piensa como yo.... Sin embargo, desde este dia se

(1) Cita verdadera.

agregaron á su admiracion por el Rey, una tristeza é inquietud indefinibles. Ella no tenia proyecto cuando S. M. estaba ausente; porque jamás fijaba en él su imaginacion; su presencia la sepultaba en la mas profunda melancolía, y cuando dejaba de verle, temia hallarse sola. Como si tuviera algo que reprenderse, experimentaba un espanto, una especie de opresion interior, que parecian remordimientos. Así se anunciaba en su corazon un amor que debia costarle tantas lágrimas, por la turbacion mas dolorosa, y las mas crueles ansias. El Rey no habria producido en su alma esta peligrosa y profunda impresion, si solo se hubiera distinguido de los demás hombres por su brillo, y por el agrado y superioridad de su espíritu; mas ella observaba una bondad activa y delicada, que jamás se desmentia en él, sin perder de vista la menor de sus diferencias. Nada hay que se escape en esta materia al amor observativo. Si él es ciego para los defectos, es muy perspicaz para descubrir hasta el origen de las virtudes, que pueden servir para justificarle. La Duquesa admiraba conmovida la respetuosa ternura de Luis á la Reina Madre, su amistad y procedimientos, constantemente indulgentes y generosos, con Monse-

ñor (1), su deferencia y cuidado con la Reina, sus respetos á los príncipes de la sangre, su deseo de agradar, y su gracia con sus amigos; su dulzura inalterable con sus domésticos, su benevolencia con todos (2). Le contemplaba con admiracion, cuando manifestaba á los gefes de la Fronda una afabilidad tan natural, en las conversaciones que tenia con el gran Condé, sobre los acontecimientos de esta guerra, con tanta sencillez, como si no se hiciera contra él (3). Esta sublime ingenuidad, es, sin duda, uno de los rasgos que pintan mejor la grandeza de carácter y bella alma de este príncipe; como se dió á conocer en el momento que cesaron las turbulencias. Justamente se le rindió el homenaje mas lisongero para un soberano: el reconocimiento y la admiracion, quisieron eternizar la memoria de su clemencia magnánima. Se grabaron monedas de oro y plata, que representaban una águila, teniendo en sus garras un caduceo y un

(1) Monsieur, dicho absolutamente, se entiende el primer hermano del Rey, del mismo modo que Madame y Mademoiselle, como se ha dicho en la otra nota.—*El Traductor.*

(2) Léanse todas las memorias.

(3) Memoria de Montpensier y de Motteville.

ramo de olivo, con esta inscripcion: *En las almas celestes no cabe la hiel, ni la acritud* (1).

Despues del Rey, la persona de la familia Real que fijaba mas la atencion de la Duquesa era la Reina. Esta princesa nada tenia de brillante en su exterior; pero la bondad mas atractiva se pintaba en todas sus facciones; y jese sello augusto no es, sobre todo, para una Reina, el primero de todos los hechizos? Esposa tímida y tierna, interesaba igualmente á la Duquesa por su carácter, que por sus sentimientos. No hay simpatia mas verdadera que la que se encuentra en las personas que son á la vez sensibles y tímidas: la Reina distinguió á la Duquesa; pero esta era muy reservada para procurar acercarsele: observó bien su benevolencia; pero no se atrevió á aprovecharse de ella.

Madama apreciaba la literatura; y se sabe el buen suceso que tuvieron en la córte las obras de la señorita Scudéry: ellas no ofrecian sino figuras ideales, no pintaban el amor; pero hablaban de él siempre: su estilo era noble y puro, y se encontraban en ellas grandes sentimientos é ideas ingeniosas; con esto debian agradar

(1) Véase la obra en folio del P. Menetrier sobre las medallas batidas en el reinado de Luis el Grande.

á las almas elevadas, y talentos delicados. La Duquesa quiso conocer los romances, que eran sin cesar el objeto de la conversacion: esta lectura le dió una idea falsa; pero la mas peligrosa que una jóven puede tener: (1) creyó que una gran pasion es un sentimiento inevitable, invencible, y que subyugando el corazon, puede no desviarlo.... ¡Como si fuera posible que un poder fuese á la vez lleno de atractivos irresistibles, supremo, y sin ningun efecto!.... A la verdad, se decia en estos romances, que es necesario ocultar con cuidado el secreto funesto de un amor contrario al deber, y huir con valor el objeto que lo inspira; pero se le dispensaba el esfuerzo mas penoso, aquel de vencer una inclinacion naciente; pues se le aseguraba, que no se triunfa de un verdadero amor. Sin embargo, los sentimientos religiosos grabados en su alma, combatian ideas tan contrarias á la moral. Era muy raro en su edad no adoptar enteramente

(1) Si esto sucedió á la Duquesa con la lectura de los romances, ¡á qué peligros tan funestos no se exponen nuestras jóvenes con la lectura de libros inmorales, y escritos precisamente con designio de corromper el corazon! ¡Admira, que no haya el zelo mas ardiente en los padres de familia para precaver tan grande mal!

un sistema corruptor, tan seductivo y tan cómodo; pero tambien era gran desgracia, en su situacion, no conocer su peligro y falsedad.

Entre las personas jóvenes, distinguidas por su belleza, que componian la corte de Madame, sobresalian la señorita de Charente, y la señorita de Pons (1). Esta última, viva, picante y coqueta, tenia la ambicion de atraerse las miradas del Rey. La Duquesa, no obstante su inexperiencia, fué la única que se apercibió de ello (2): no correspondió á los deseos que la señorita de Pons le manifestó de su amistad; pero la contrajo con otra persona mucho mas peligrosa: esta era la señorita de Artigni, una de sus compañeras, que desprovista de todos los atractivos exteriores, tenia todos los vicios que en la sociedad, y sobre todo en la corte, pueden pasar por cualidades amables, al menos durante algun tiempo: una extrema flexibilidad de carácter le daba la apariencia de la dulzura é igualdad; una excesiva ambicion la hacia capaz de mantener la regularidad de su con-

(1) Despues condesa de Hendicourt, y amiga de madama Maintenon.

(2) La perspicacia del amor, suple la experiencia.—*El Traductor.*

ducta, y la asiduidad á los deberes de su plaza, que se atribuía á una razon perfecta. Es fácil usurpar una buena reputacion por medio de los mismos defectos; pero no de conservarla. La preferencia de la Duquesa por la señorita de Artigni, fué determinada por los motivos mas prudentes; pero padeció un error, cuyas consecuencias fueron muy funestas. Las jóvenes que, como la Duquesa, quieren buscar amistades virtuosas, deben procurar unirse á personas de una edad madura; de estas puede formarse juicio sin conocerlas; porque la estimacion adquirida, despues de largo tiempo, cuasi siempre es fundada.

Durante el viaje de Fontainebleau, una de las mas hermosas tardes de Verano, se paseaba el Rey sobre el terraplen del Castillo; notó, que cuatro jóvenes habian atravesado el patio del Tibér, y entraban precipitadamente en los sotos; la obscuridad no permitia conocerlas. S. M. experimentó aquella especie de curiosidad, que comunmente entre los príncipes nace del enfado y de la ociosidad, y ordenó en secreto á Beringhen las siguiese, tomando él igualmente el camino de los bosquecillos. Las jóvenes eligieron asiento en unos bancos de hermo-

so verdor, y empezaron á conversar de una fiesta que Madama habia dado el precedente dia, en la que S. M. y algunos personajes de la corte habian bailado. El Rey, y Beringhen se ocultaron entre el follage, y escuchaban atentamente esta conversacion. Se trataba de quien debia llevar la preferencia entre los concurrentes: la una se declara por el marqués de Alincourt (despues mariscal de Villeroy); la otra por Monsieur de Armagnac; la tercera por el conde de Guiche; la cuarta guarda silencio: se le obliga á romperlo.... y, entonces se hace oír la voz mas dulce y mas tierna. ¡Es posible, dice, que se hagan remarcables los sugetos que habeis nombrado, delante del Rey?.... Ah! ¡es preciso ser Monarca para agradaros! No, replicó, su corona nada añade al hechizo de su persona, antes disminuye el peligro: seria mas temible, si no fuese Soberano; porque al menos preserva de otra seducccion. A estas palabras, el Rey sumamente conmovido se retira; prohíbe á Beringhen contar esta aventura, y vuelven al Castillo. Toda la noche pasó ocupado del secreto que habia sorprendido, tan vivamente lisongero á su amor propio: mas ¡quién era esta jóven que le preferia, sin ninguna pretension, y con tanta sinceridad?

Una de las camaristas. ¿Cómo no lo había observado? El estaba seguro de no haber oído jamás este metal de voz encantador, que le habría herido.... Se promete descubrir esta voz tierna, no por la figura, sino oyendo hablar todas las Damas de la corte: su oído solo debe esclarecer su corazón, y dirigir sus deseos. La mañana siguiente se presentó temprano en el círculo de Madama, recorrió con la vista el grupo de las camaristas, y entrevió un semblante encantador detrás de la señorita de Artigni: al momento se acuerda de la joven enlutada, que dos meses antes le habían presentado, cuya figura noble y melancólica le conmovió, y que desde entonces se mantenía tan retirada, que no la había vuelto á distinguir entre sus compañeras.... *Si, ella es!*.... El lo quería así, lo creía, y esta idea le causa una turbación indecible. Se empiezan á arreglar las partidas de juego, y, entretanto, Luis se acerca al grupo de las camaristas, dirige la palabra á la señorita de Pons; pero teniendo los ojos fijos en la Duquesa: esta baja los suyos, y se sonrosa; el Rey se abanza, le habla; ella se sobresalta, se pone pálida, responde con una voz temblorosa; pero que no puede desconocerse. Ah, ella es!....

Desde este momento no miraba el Rey en el cuarto de Madama sino á la Duquesa. El cuidado de ocultar su amor, aumentó el ardor y la delicadeza. Tomó diestros informes del objeto que exclusivamente le ocupaba, y todo cuanto supo acabó de cautivarle. Oía alabar su talento y candor; que se adoraba su carácter; en fin todo, hasta la sencillez de su educación, concurría á hacerla interesante á sus ojos. ¡Cuántas veces su inocencia é ingenuidad, se la hacían parecer mas joven entre sus compañeras de igual edad! La coqueteria envejece al parecer; porque su instinto y astucias, se asemejan á la experiencia; la sencillez será siempre la flor mas fresca de la juventud.

Al dia siguiente volvió la corte á S. Germán, y al inmediato propuso el Rey un paseo á los bosques de Vincennes. Partieron en calesas: Luis acompañaba á Madama; pero la Duquesa iba en otro carruaje. Encontraron en el bosque una tienda de campaña hecha de follage, llena de exquisitos refrescos: dejaron los carruages, y toda la corte se reunió bajo este pabellon de verdura y de flores: rompe una música campestre: las ninfas, los silvanos, y los zagales del bosque, corren de todas partes, y vienen cantan-

do graciosas coplas hechas por Benserade. Los zagales presentan flores á las damas, y la Duquesa elige una de lis: al ejecutarlo levanta sus ojos con timidez, y se encuentra con los del Rey que estaba á su lado, y col-reandose sus mejillas dice: esta flor es tambien símbolo de la inocencia. Este aire tan natural hizo sonreirse al Rey, causandole al mismo tiempo la mas dulce ternura. La inocencia?, le contestó, ah! cuánto hechizo le añadís vos!.... No pudo continuar, porque Madama se acercaba. La Duquesa, por un movimiento tan pronto como irreflexivo, dejó caer en la cesta, que habia en una mesa delante de ella, la flor de lis, y tomó otra de azucena. Luego conoció la imprudencia de este misterio, y su arrepentimiento empozoñó todo el placer de esta jornada. Permanecieron allí hasta caer el sol, y dieron un paseo á pié por el bosque. Repentinamente sobrevino una gruesa lluvia con tormenta, que obligó á cada uno á buscar un abrigo bajo los árboles. Como la Duquesa marchaba lentamente, quedó sola y la última de todos: el Rey la encontró, le ofreció el brazo; y este apoyo, lejos de asegurar la marcha tímida de aquella á quien sostenia, parecia hacerla vacilar mas.... Luis le prometió conducirla por el camino mas

corto; pero este no tenia fin. La Duquesa inquieta y trémula guardaba silencio; y su sorpresa y turbacion se aumentaron, cuando el Rey, aprovechando una ocasion favorable, le habló de sus sentimientos: su penoso embarazo igualaba su alteracion. Muchas de las personas que buscaban al Rey, se dejaban ya ver por las inmediaciones de la calle donde iba S. M. con la Duquesa: con este motivo la instó á que le diese respuesta; pero no tuvo ninguna. Si él no fuera tan jóven, ó hubiese amado menos, no habria encontrado este silencio tan horroroso: todo el resto del dia lo pasó lleno de tristeza. Era tan excesiva la política del Rey, que ninguno se admiró de que acompañase á la Duquesa, ni menos de que por espacio de mas de una hora hubiera sufrido á cabeza descubierta una lluvia que caía á torrentes, por no ponerse el sombrero dando el brazo á una Dama (1). Tal era el respeto tenido entonces al séxo, en cuyo tiempo los Franceses eran, por confesion de sus mismos enemigos, el pueblo mas amable de Europa. La declaracion respetuosa y apasionada del Rey, tocó muy profundamente un corazon sensible y combatido, que

(1) Pasage verdadero.

ya estaba entregado; mas el movimiento de alegría que experimentó la Duquesa descubriendo la pasión del Rey, le hizo conocer tambien la violencia de sus propios sentimientos, que hasta entonces solo creía eran una simple preferencia. Qué, decía, ¿me lisonjearé del triunfo mas funesto y mas criminal?.... ¿Es un amor adúltero el que yo inspiro?.... ¿Es posible que, en tretanto él me hablaba, un insensato gozo llenase mi corazón?.... ¿He podido olvidar así, la dignidad de mi sexo, y todos los principios que me son tan caros?.... ¿Y yo he guardado silencio, debiendo quitarle toda esperanza que me sea injuriosa?.... ¿Que piensa él de mí! Sin duda me desprecia!.... Yo sabré reparar este momento de error, y de imprudencia! Ay de mí! ¿Qué precio debo dar á su estimacion! este es el solo de sus sentimientos que me es licito pretender.... Las resoluciones mas virtuosas fueron el fruto de estas reflexiones. Desde este dia procuró la Duquesa acercarse mas á Madama, y á la Reina, para impedir al Rey que le hablara: se decide este á escribirle; pero se le advierte que la Duquesa escribe perfectamente: él ignora que un billete amorio no tiene necesidad del arte, y que el mas ingenioso no es siempre el mas per-

suasivo; cree le es indispensable un confidente en tal caso, y elige á Benserade. Este toma la carta del Rey, la enmienda, ó, por mejor decir, la echa á perder: agregó á ella muchas frases espirituales, que quitaban esta verdad de sentimientos, tan preferente á las ocurrencias mas brillantes. El Rey no hizo á Benserade sino una media confianza; le confesó su pasión; pero ocultando el objeto: y aquel no lo sospechó; antes bien supuso que esta carta se dirigia á la Señorita de Pons. Benserade, á los cuarenta y cinco años, siempre galan, amable aún, estaba enamorado de la Duquesa: ella lo ignoraba, y mirandolo cuasi como un anciano, agradecida á sus cuidados, le profesaba amistad, y mostraba confianza.

Recibió la Duquesa la carta del Rey. Ella amaba, y este escrito le pareció un gefe de obra de amor y de talento. El Rey pedia respuesta. Mas, ¿cómo darla á tal carta! Quería quitarle toda esperanza, y sin embargo darle tambien una opinion favorable de su espíritu. Aquella contestacion era la primera y la última, de consiguiente tenia mucha importancia. En este conflicto se decide la Duquesa á consultar á Benserade, ocultandole el nombre del aman-